

“LOS LUNES A LA CITA”

Bip, bip..., bip, bip...17:20. Cancelar repetición. Ya había vuelto a retrasar por segunda vez el aviso que previamente escribí ayer en la agenda de mi Smartphone. “PR Cita 18:00”. Todo mi arsenal laboral desplegado encima de la mesa, con un cierto orden -eso sí-, tengo un informe sin terminar en la pantalla del ordenador portátil, y 3 emails urgentes aun sin enviar. Ya no puedo posponer más mi salida desde la fábrica o voy a llegar tarde a la cita. Apago definitivamente el ordenador, recojo mis papeles y lo meto todo en mi maletín negro – cada día engorda más-, y me digo: “ya lo termino esta noche en casa” - esto es, como siempre, más de lo mismo-.

Me monto en el coche y tengo casi veinte minutos de trayecto hasta las estribaciones de Viapol Center, todo contando con que encuentre una plaza en la zona de aparcamiento regulado. Casi siempre quiero confiar en mi suerte, hasta que algún día me falle. Uf! menos mal, hay un hueco. Echo las monedas de siempre en el parquímetro. Con una hora es suficiente...

Hoy es lunes, uno cualquiera de cada mes, salvo que hoy es un “lunes a la cita”, todo por volver a encontrarme conmigo mismo. Hace muchos años me parecería una sin razón el que tuviera que tener una cita para escucharme, para entrar en mi confesionario, y además, pagar por ello. Después de más de 8 años, no sólo no me importa el dinero, sino que lo considero un plan de pensiones cobrado en vida, que ha llegado a convertirse en una aportación para que todos aquellos que me rodean puedan seguir recibiendo algunos destellos en mis sombras. Ya no me sorprende tanto porqué algunos ven un atisbo de paz o autocontrol en esos destellos.

Subo las escaleras del portal del edificio, le digo buenas tardes al portero –hoy parece que está simpático pues me ha contestado- y giro a mi derecha. Tras dejar la puerta de cristal, subo los escalones hasta la primera planta. Es un edificio de oficinas, el número del piso ni lo recuerdo, sólo sé que está casi al final de una de las alas del pasillo. Es la puerta a reencontrarme con mi mundo. Son las 18:00 en punto en mi reloj, el mismo que siempre está

adelantado cinco minutos. Llamo al timbre, y tras un breve silencio escucho el eco de una cadencia de pasos creciente. Hola Pilar, buenas tardes. Apenas cruzamos mirada. Sabe de mi más que yo mismo, pero le tengo mucho respeto. “Llegas un poco antes”, me dice, mientras se sienta en su sillón, enfrente de mí, a la vez que yo me siento en el sofá blanco de dos módulos. Sigo mi ritual de dejar mi agenda y los dos móviles boca abajo, que previamente había puesto en silencio, en el módulo de mí izquierda. “¿Qué tal...?” me pregunta. Me quedo en silencio no más de cinco o diez segundos y empiezo a hablar. No hay reglas prefijadas, nunca las ha habido, y como siempre, no tengo nada preparado. A veces pienso que me voy a quedar en blanco pero eso nunca me ha pasado. Y, como si de una “maldición” se tratara, empiezo a hablar de trabajo –es mi tema recurrente-, de lo que me ha pasado ese día o en el último mes, de frustraciones, o de lo que yo considero injusticias. Hay veces que me acuerdo de mi padre –ya me voy emocionando menos, o de otra manera- pero aún me dura el duelo. Mi mujer, un clásico. Tiene mucho carácter y rozamos con cierta frecuencia, pero siempre llego a la misma conclusión: es la mujer que me equilibra, me complementa, de hecho ella ha estado conmigo desde hace más de catorce años, pero sobre todo me ha acompañado desde el día que volví a nacer, sin perder la literalidad, hace ya más de nueve años. Hubo otras parejas en mi vida, pero sólo ella estuvo a mi lado para dar los primeros pasos. De hecho, ella fue conmigo la primera vez que conocimos a mi otro yo cerebral, quien dirige “mis lunes a la cita”. Mi “otro yo” es alta, de elegante presencia, pero lo más auténtico de todo es que en cuanto empieza la sesión no hay hombres ni mujeres, ni estamentos ni clases, ni prejuicios ni tabúes. Al principio me daba algo de vergüenza, hasta que te planteas qué cosa más absurda sería el ruborizarse uno mismo al mirarse al espejo cuando estás desnudo antes de ponerte tu propio pijama. Pero, ¡si eres tú mismo! Pues esto es igual, yo se lo digo a ella y a la vez me estoy mirando a mí mismo. Mi “imagen especular” me guía –no me juzga-, pero sí me puntualiza, me deja libre mientras me hace presa de mis propias palabras. “Ahí, ahí...acabas de hacer presente una realidad, tu realidad...tendremos que volver a ello”. Cuando pasan unos cuarenta y cinco o cincuenta minutos, y cuando ella lo decide así, me dice, “hemos de dejarlo aquí”, mientras nos ponemos a marcar en la agenda el próximo día de mi nuevo “lunes a la cita”.

Tras salir por la puerta de la consulta, deshago el camino hacia el portal y me dirijo hacia el coche. Son más de cien kilómetros hasta llegar a casa. No he acabado de bajar los escalones del edificio cuando he vuelto a quitar el silencio de mis dos móviles: cuatro llamadas perdidas y quince whatsApp. Queda patente mi esclavitud a los adelantos tecnológicos. Arranco el vehículo, se acciona automáticamente el manos libres, y lo primero que hago es llamar a mi mujer, “cari ya voy para allá, llegaré sobre 20:15”. Como una pregunta redundante a la que nunca espera respuesta me dice, ¿cómo te ha ido?” y siempre le contesto “bien cari”, porque sabe que “todo lo que ocurre en mi campo de batalla, ha de quedarse en el mismo campo de batalla”, y lo acepta en su silencio. ¿Qué vamos a cenar? le pregunto, a lo que suele decirme “creo que un yogurt, así que te puedes hacer un sándwich y te tomas un gazpacho...”

El trayecto de vuelta a casa se hace más corto y más largo a la vez, cuando me dedico a contestar a las llamadas perdidas, que en la mayoría de los casos son o “pedidos urgentes” o reclamaciones de clientes. Aunque yo no necesariamente sea la causa del error, para ellos represento la respuesta a los problemas e inconvenientes, ya sean clientes y a veces hasta algunos proveedores. Algunos de ellos se atreven a decirme que a veces me llaman sólo porque les ayudo a organizarse mejor en nuestras tareas vinculadas, y como que si en algún momento del día no tienen muchos quehaceres, se acuerdan de mí y me llaman...

Si lo analizamos, es como si ellos tuvieran conmigo su propio “lunes a la cita”, pero con el hándicap para mí de que para ellos no hay día de la semana u hora del día. Mantenerme alerta de forma constante, con un estado permanente de atención, con tono afable, y dispuesto a “arreglarlo todo” -o casi todo- llega a ser extenuante.

Acabo de llegar a la puerta de casa, y aunque ya he aparcado sigo dentro del coche hablando por el manos libres. La conversación se prolonga diez minutos de más. Entre unas cosas y otras vuelvo a subir a casa más tarde de lo que dije. No tengo muchas ganas de pensar en cosas de trabajo, pero

debo de terminar el informe que dejé pendiente en la oficina y los emails urgentes que no pueden esperar. Me paro a pensar y me digo, “lo hago después de cenar”. “Hola cari, ya estoy aquí, pero tengo que hacer unas cosas en el portátil” -ella masculla un “como siempre” en voz baja-, “¿cenamos ya?” A lo que me contesta “ya te he dicho que voy a comerme un yogurt; tú puedes cenar cuando lo creas oportuno”.

La televisión está puesta en el salón. Tras cenar preparo el portátil en la mesa junto a mi sofá, y procedo con las “eternas” tareas pendientes. Ya son las 23:20, creo que ya es hora de “cortar”. Mi mujer y yo apenas hemos hablado –y no me extraña- no le he dado mucho pie a ello.

Y claro está, todo esto conlleva que hay que pagar un precio por una mala gestión de mi vida, de mi tiempo. Hay un símil que me viene al pelo: debería conseguir que mis responsabilidades laborales fueran el aceite que sobrenada sobre el agua de mi vida particular. Lo que ocurre es que mi realidad distorsionada hace que todo viva mezclado, sin ser capaz de distinguir, a veces, dónde empieza lo uno y dónde lo otro.

Mañana sonarán las alarmas de los 2 móviles, a las 06.45 en uno, y a las 7.00 y 7.15 el otro, aunque bastará sólo con la alarma del primero, las otras dos del otro móvil las apago como la primera acción programada del día. Me pregunto si este nuevo día será “igual” que el anterior. Me pregunto si seré capaz de dar el primer paso inconsciente -ojalá que fuera consciente- para el cambio de mi vida. No es una mala vida, sólo es demasiado estresante. Como dicen algunos motivadores, “el primer paso no te lleva adonde quieres ir, pero te saca de dónde estás...”

Mientras tanto, “siempre” estarán mis lunes a la cita.